

estilo particular en que está escrito el anterior documento se colige pronto la consideración y el aprecio grande de que el religioso Duque gozaba en el concepto del Rey Católico, y como uno y otro, el Rey y el Santo se entendían y andaban acordes en procurar la dilatación del reino de Dios propagando la civilización verdadera entre las gentes de las Indias Orientales y Occidentales.

II.

SAN FRANCISCO DE BORJA ENTRA EN MADRID.

Fué, con efecto, inexplicable el gozo que recibió el Rey Prudente con la venida del santo jesuita, poco antes Duque de Gandía, á sus estados. De manera que deseaba con grandes ansias ver amanecer el día en que pudiese estrechar entre sus brazos al noble religioso, al valerosísimo capitán en los ejércitos de su padre, al Virey de Cataluña, al humilde y penitente Padre Francisco de Borja. Así lo da á entender otra carta que en aquellos mismos días dirigió al bendito Santo el príncipe de Eboli, gran privado del Rey y por demás conocido entonces en la corte de España. Y por ser curiosa y de tal pluma, quede en este lugar copiada la parte de ella que mejor cuadra á mi propósito. Héla aquí: «Con toda verdad de mi alma puedo afirmar á vuestra Paternidad Reverendísima que ninguna persona pudiera nuestro Santo Padre enviar á sus negocios y los de la Santa iglesia á esta Corte y Reinos que tan bien y gratamente en ellos fuese recibida, como lo será sureverendísima persona. Y el Rey nuestro Señor, como creo que con el Señor

cion á su conciencia y al reino, cual sería mas á propósito para ocupar y cumplir con las obligaciones de tan supremo lugar. Propúsole tres Grandes de Castilla y dos del Consejo Real de los mas entendidos de aquel tiempo... El llamado y escogido fué el primero de los Grandes.» el tercer Conde de Tendilla D. Luis Hurtado de Mendoza, nobilísimo varon y capitán de los más afamados y valerosos de nuestra historia. G. G. Davila; *Grandezas de Madrid*; pág. 360 y 361. Madrid. 1623.

D. Fernando se lo escribe, ha de ello recibido particular contentamiento. De mi será superfluo dezirlo, pues toda España sabe quantos años ha que soy muy aficionado, devoto y servidor de Vuestra Paternidad Reverendísima, á quien presto y con salud nos le traiga Dios nuestro Señor»¹. No fué este Príncipe el único entre la gente noble y poderosa que escribió en aquella ocasión al santo Duque; porque lo hizo asimismo, y por cierto de manera afectuosísima, el Cardenal D. Diego de Espinosa, Obispo de Sigüenza, Inquisidor General y Presidente á la sazón del Consejo de Castilla².

Decíale este purpurado español que le agradaba y holgaba en sumo grado su venida á estos reinos de España, y por ello

¹ Véase esta carta en el libro V de la citada obra, por el P. Cienfuegos. Arriba quedó solo insinuado hablando de San Francisco de Borja cómo le entró la resolución de hacerse religioso: y ahora se declarará mejor diciendo, que llevando á Granada el cadáver de la Emperatriz, mujer de rara belleza en vida, al descubrirlo se ofreció á los ojos de todos «tan feo y tan desfigurado, que ponía horror á los que le miraban, y de los que la habían conocido no había ninguna que pudiese afirmar que aquella era la cara de la Emperatriz... Pero esta vista y este espectáculo tan lastimoso y de mal olor dió un buelco tan extraño al corazón del Marques (lo era también de Lombay) que lo trocó como de muerte á vida, é hizo en él mas maravillosa mudanza, que la misma muerte había hecho en el cuerpo de la Emperatriz.» Entonces fué cuando levantando el Duque los ojos del alma al Cielo, exclamó: «Dazme, Señor mio, vuestra luz, dazme vuestro espíritu... que si Vos me le dais, yo os ofrezco de no servir mas á Señor que se me pueda morir.» *Vidas de los Santos*, por el P. Pedro Rivadeneira; vol. 3.º, pág. 218: Barcelona, 1751.

² Justamente se gloria la villa de Martín-Muñoz en el obispado de Avila de ser cuna del célebre Cardenal D. Diego de Espinosa, cuyos biógrafos aseguran haber sido escolar en Salamanca, colegial en el Colegio de Sigüenza, cuando era obispo de aquella Sede el célebre y bienaventurado D. Juan de Rivera, Tuvo por Felipe II título de Oidor de la Contratación de Sevilla y también de Regente de Pamplona. Refiérese que estando para morir, año 1565, su no menos famoso predecesor Juan Rodríguez de Figueroa, le envió á preguntar el Rey quien sería el más apto y merecedor de lo que dejaba, y le respondió: «Su Majestad se contente que en la otra vida dé cuenta de un Presidente y no de dos.» Insistió D. Felipe, y entonces le mandó decir, «ser el más suficiente el Licenciado Espinosa.» Fué de grande admiración y actividad en el despacho de los negocios, hasta el punto de exclamar el Rey: «Tengo un hombre á medida de mi deseo.» *G. González Dávila*, pág. 363 y 364.

le daba muy cumplida enhorabuena, deseando que llegase á la Corte en estado de buena salud, cosa que sin duda le daría Dios nuestro Señor, por haberse ofrecido de tan buena voluntad á los trabajos del camino; los cuales aparecían bien empleados; pues que de ellos había de resultar lo que todos sus servidores esperaban de su santo celo y gran prudencia ¹. Tras todo esto, púsose en camino nuevamente la comitiva: mas el General de la Compañía procuraba aprovechar la ocasión tan propicia, para ver con sus ojos el estado y observancia de las casas de su Orden en estos reinos. Y así lo fué poniendo en práctica según marchaba por la vía de Barcelona á Valencia. Era, en verdad, cosa de mucha admiración ver las gentes de los pueblos por do pasaba, gritar en medio de calles y plazas: «Viva el Duque Santo.» Lo cual iba en grande aumento á medida que se aproximaba á Valencia, tierra donde ricos y pobres le conocían y, por natural inclinación y amor, querían rendirle vasallaje. Entró en la Ciudad del Cid, donde vió de repente su litera rodeada de tropas y gente ilustre que capitaneaba su hijo y sucesor el Duque de Gandía con D. Alonso de Borja, y el Marqués de Lombay, quienes, como escribe un autor de aquellos tiempos, «ardían en deseos vivísimos de encontrar á su bendito padre» ².

¹ «Ha sido para mi, decía el Cardenal, grandísimo contentamiento la venida de vuesa Paternidad á estas partes, que sea muy enhorabuena y con la salud que le deseamos en ellas sus servidores, como espero se la dará Dios nuestro Señor, por cuyo servicio se ofrece tan de buena gana á los trabajos y de cuiá bendita mano se debe esperar que resultarán de ellos los buenos efectos que me prometo yo de la mucha prudencia y santo zelo de Vuessa Paternidad... Madrid á 17 de Agosto de 1571.» Cienfuegos: *ibid.* pág. 422. Ya antes de entrar en religión el bendito Duque era ejemplar vivo de penitencia, y la hacía tan rigurosa en las Cuaresmas singularmente, que las ayunaba no comiendo «sino una escudilla de legumbres en todo el día con una rebanada de pan y bebía un vaso de agua, y hallandose bien con ello se determinó de ayunar un año entero con este mismo rigor.» Rivadeneira: pág. 219. Todo lo cual no le quitaba de poner mesa espléndida para los señores y caballeros que sentaba á ella.

² Conviene también notar que las relaciones entre el santo Duque Borja y el presidente Espinosa eran ya entonces antiguas y corrientes. Porque cuando en 1568 le dió S. Pio V el capelo de Cardenal por mano

La escena acaecida entonces á las puertas de la sobredicha ciudad, fué por demás conmovedora. Y era en verdad motivo de admiración y pasmo contemplar á los hijos nobilísimos del Santo en el momento de ver á su padre arrojarse de sus caballos, doblar las rodillas y besarle la mano con grande amor y reverencia. Mantúvose firme y sereno el religioso y santo Duque, escarmentado del primer encuentro, por más que menudeaban con harta viveza y apresuramiento los latidos naturales del corazón, sin escasear sus tiernos hijos lágrimas y sollozos. Ni fué cosa de poco tiempo, sino larga aquella escena; porque tras de los hijos iban llegando los criados y los vasallos de la prepotente casa de Gandía, y todos, á cual más, se quedaban estupefactos viendo á su antiguo señor y dueño vestido con la sotana pobre y humilde del hijo de San Ignacio, ofreciendo, marcadas en el rostro, las señales de la oración y penitencia. Como de paso, veníase á la mente de cada cual el recuerdo de lo que había sido en España, y singularmente en los estados de Gandía, el humildísimo y tan afable religioso que tenían ante los ojos ¹. Después de todo esto se adelantó, dejando allí la comitiva pontificia, D. Fernando de Borja, á fin de dar cuenta al Rey Católico de su comisión, y poco más ó menos de la fecha

de D. Juan Baptista Castaño, Arzobispo de Rosano y Nuncio Apostólico en España, le escribió San Francisco su parabién; según consta de estas palabras de Gil González Dávila en su obra citada, página 364: «El P. Francisco de Borja en su nombre y de toda la Compañía de Jesús, le dió el parabién, exortándole á servir al Rey y al reino con zelo de acertar en todo.» He visto la carta original y firma de esta manera: *siervo obediente en Jesuchristo Francisco.*

¹ *Vida de S. Francisco de Borja*, por Cienfuegos, lib. y párrafo citados. Véase además esta misma relación en la *Vida del Santo* por el Padre Nieremberg en el lib. I. Según el P. Rivadeneira, «fue tan grande la instancia que el Patriarca Arzobispo D. Juan de Rivera y la ciudad de Valencia le hicieron para que predicase en la iglesia mayor, que no lo pudo excusar; y fué tan extraordinario el concurso de la gente de dentro y fuera de la ciudad que acudió al sermón, que el mismo padre apenas podía subir al púlpito. Quedaron todos admirados de lo que oyeron y vieron.» Y añade el mismo clásico y elegante escritor, que «el P. Francisco con la honra que le hacían se halló tan atajado y confuso que no vió la hora de descabullirse de ellos y de la otra gente que también le venía á recibir.» Rivaden.: pág. 231.

en que había de llegar á Madrid el Cardenal legado y el Padre Francisco. Desde luego se comprende bien con cuántas ansias desearía S. M. la venida de tan ilustres huéspedes y personajes. Y no satisfecho de haber enviado á D. Fernando para que los recibiese á su entrada en España, despachó además el pío Monarca al Conde de Olivares para que les fuese al encuentro por el camino de Valencia á Madrid.

Con efecto; encontró el Conde á la comitiva no muy léjos; la recibió y agasajó de nuevo en nombre del Rey y vino acompañándola hasta la Corte. Mas el Padre General Borja, antes de llegar á ella, torció la vía y se encaminó á Villarejo para visitar la casa de probación, fundada años antes por aquel Don Francisco Pacheco, tan conocido entre la gente noble y piadosa por haber sabido muy perfectamente armonizar, para ejemplo de todos, la vida caballeresca y devota¹. No hay aquí lugar para referir el reconocimiento que hizo Borja en Villarejo de todo aquel noviciado, y las palabras llenas de vida y fuego con que enardeció los ánimos de maestros y discípulos. El Cardenal Espinosa, Presidente de Castilla, cuando supo que la comisión pontificia estaba á pocas jornadas, salió también de Madrid, y, sin duda, con real anuencia, á recibirla, como así lo hizo, en Guadalajara. El santo Duque tuvo buen cuidado de unirse nuevamente á ella en el camino. Y dejando á un lado las emociones y pláticas habidas en tales encuentros, luciendo el día 29 de Setiembre, fiesta del Arcángel San Miguel, entraba ya en Madrid la famosa y extraordinaria legación del Papa San Pío V. No se veía en las afueras de la Villa y Corte, sino muchedumbres sin cuento, grandes filas de carrozas y tal tropel de gentes y caballos que no se podían numerar. La litera del Santo, sobre todo, veíase á cada instante detenida en la carrera, ahora porque el pueblo

¹ Cienfuegos: cap. XIV. pár. 1. «Vinieron por Barcelona á Valencia, donde salió á recibir á su padre el Duque de Gandía D. Carlos de Borja, y después su hijo D. Francisco, Marqués de Lombay y heredero de su casa, acompañado de la flor de la caballería de Valencia; el cual en viendo desde lejos á su Abuelo, se apeó con toda su gente, è hincadas las rodillas le besó la mano y pidió su santa bendición; y de la misma manera llegaron los otros caballeros y criados antiguos de su casa.» Rivaden. pág. 231.

le interrumpía el paso aclamando al nobilísimo Padre, de mil maneras y con saludos reverentes, ahora para corresponder á sus deudos, amigos y cortesanos, que se inclinaban delante de su humildad. No podía faltar de allí el Rey Prudente, que con séquito digno de S. M. salió asimismo fuera de Madrid para recibir á los enviados del Padre Santo, y con afición particular al Padre General de la Compañía, hoy San Francisco de Borja. La entrevista del Rey y el Santo fué desde luego afectuosísima, y abrazándose con inefable ternura no se pudieron hablar sino con emociones y miradas más expresivas que las palabras¹.

Tras todo esto entraron todos juntos en la Corte, y el Rey D. Felipe, impresionadísimo, colocado en medio de entrambos purpurados los cardenales Alejandrino y Espinosa. Alojados cada cual de aquellos personajes en sus respectivos aposentos, se retiró S. M. á su alcázar; pero desde el primer momento en que sus miradas se habían cruzado con las del Santo, no le cabía el corazón en el pecho. Y era esto en tal manera, que antes de dar audiencia al Cardenal legado, mandó un propio al humilde religioso pidiéndole que viniese á Palacio, y todo sin

¹ Véase la descripción de toda esta conmovedora escena en la obra citada del M. Cienfuegos; cap. y párrafo referidos. «En la Corte del Rey D. Felipe fué muy bien recibido, regalado y favorecido de Su Majestad con quien trató el P. Francisco algunos otros negocios de mucho servicio de nuestro Señor que Su Santidad particularmente á él le había encomendado. Fue muy visitado de todos los Grandes y Señores y tuvo tantas ocupaciones que no le dejaban respirar.» Rivaden., ibid. En Guadalajara, según Cabrera, le recibió el Cardenal Espinosa, y juntos entraron en Madrid, en medio el Rey que salió fuera de la Villa á verle con todo el acompañamiento de su grandeza, Lib. IX: cap. XXII, página 675.

Otros quieren que no á Guadalajara, sino á Barajas, haya salido el Cardenal Presidente de Estado á recibir á tan noble y respetable legación. «Además del recibimiento que se hizo á este legado (Alejandrino) en Barcelona y Requena por orden del Rey según cuenta Herrera, al aproximarse á Madrid salió á recibirle á Barajas el Cardenal Espinosa cuatro días antes de su llegada, que fué el 30 de Setiembre de 1571, según refiere el M. Juan López de Hoyos en la dedicatoria á dicho Cardenal de su obrita sobre el recibimiento en Madrid de la reina Doña Ana de Austria.» Navarrete, *Vida de Cervántes*, pág. 570.

darle apenas tiempo para descansar del polvo y la fatiga del camino. Acudió muy presto el Padre General á la cita, y al verle entrar por las antecámaras de su cámara el Monarca, que se nos pinta aún hoy como hombre insensible, corazón pequeño y sentimientos poco humanos, se fué corriendo al Santo bendito, y con vehemencia amorosísima le echó los brazos al cuello, estrechándole largo rato contra el pecho, deseando, sin duda, como apunta el M. Cienfuegos, imprimir en su alma noble y generosa la tan pura, ejemplar y sobrehumana de San Francisco. Y allí no fué sólo recibimiento de impresiones y ceremonias cortesanas, sino que habló la lengua de D. Felipe significando al Santo que le había tendido los brazos con mucho amor, agradecido aún de tantas veces como él le había tendido los suyos, acariciándole y teniéndole en las rodillas durante los años de la niñez ¹. Y le añadió más; conviene á saber: que con toda verdad podía afirmarle haber experimentado en su corazón desde que le vió extramuros de la Villa, sentimientos extraordinarios que la lengua no acertaba á explicar, y que solamente el alma comprendía. En todo lo cual no resaltan poco, en verdad, los sentimientos delicados y la piedad muy levantada de D. Felipe ². No paró en esto la plática del Rey; sino que

¹ «Dijole con sensible ternura que le avía estrechado tan amorosamente en sus brazos en reconocimiento de que él lo avía acariciado en los suyos aquellos primeros años.» Cienfuegos: cap. y párrafo citados. Ya recordará el curioso lector que el célebre Duque de Gandía sirvió en el real palacio de Carlos V, desde la juventud. «Siendo ya de 18 años le envió su padre á la Corte del Emperador Carlos V, con buena casa y acompañamiento de criados. En la Corte procuró de juntar en uno las leyes de cristiano y de caballero.....oía misa y tenía sus ratos de oración cada día...Casáronle el Emper. y la Emperat. con una señora portuguesa que se llamaba doña Leonor de Castro, Dama y muy favorecida de la misma Emperatriz.... Dióle entónces el Emperador título de Marqués de Lombai é hízole caballero mayor de la Emperatriz.» Rivaden. obra cit. pág. 216 y 217. A estos tiempos se refería el Rey Prudente cuando estrechaba después entre sus brazos al santo padre jesuita en 30 de Setiembre de 1571, como apunta Herrera con otros historiadores.

² Le dijo: «Que le aseguraba aver sentido en el corazón con su presencia una desacostumbrada ternura, que sola el alma la entendía mientras su explicación la ignoraba.» Cienfuegos: *ibid.*

añadió tener muchas dudas y consultas que confiar á su discreción y prudencia, y que no le parecía oportuno aquel momento; pues había de tratar con él asuntos graves tocantes al buen régimen y tranquilidad de su conciencia unos, y al gobierno de sus estados otros ¹.

III.

EL SANTO CON EL REY EN MADRID.

Habida la susodicha entrevista, por demás afectuosa con D. Felipe, pasó el santo General y P. Borja á visitar á la Reina Doña Ana de Austria que le recibió con suma distinción y deferencia; y tal efecto produjeron en su alma las huellas de virtud y penitencia que ofrecía el rostro del bendito religioso, que Su Majestad quiso, como por impulso natural, inclinar la rodilla ante su presencia ². Acabado este primer deber de cortesía, retiróse el Santo á su colegio, y apenas había entrado en la celda que le tenían dispuesta, cuando llegó nuevo enviado del Rey Católico que le traía de su parte un magnífico regalo. No hay para que insinuar aquí siquiera cómo el interés y la ambición andaban por las calles de la corte buscando el favor del P. General Borja. Pero no fácilmente le encontraban; porque pasaba mucha parte de los días y de la noche retirado en contemplación altísima en el interior del oratorio de su hijo D. Fernando y en otros lugares santos y devotos. Los asuntos que más preocupaban la mente de San Francisco eran la gloria de Dios y la salvación de las almas. Y así, quienes intentaron la presencia de San Francisco en reuniones y tertulias más ó

¹ «Y añadió que tenía muchas cosas que fiar á su prudencia así propias del gobierno de su alma como el de su monarquía.» Cienfuegos: *ibid.*

² «Pasó después el P. Borja á besar la mano á la Reina que le trató como á Santo, hallando la Majestad que resistir en el impulso de inclinar la rodilla al suelo.» *Item, ibid.*